

CINE, FILOSOFÍA Y ECONOMÍA AUSTRIACA

Lo que un austriaco diría
a Juan Antonio Rivera

LUIS DE FUENTES LOSADA*

Datos de la obra reseñada:

Título: Lo que Sócrates diría a Woody Allen

Autor: Juan Antonio Rivera

Editorial: Espasa Calpe, 2003

Colección: Divulgación filosofía

Número de páginas: 356

Premio Espasa de Ensayo 2003

¿Cine y filosofía? ¿Puede haber lazos que unan disciplinas aparentemente tan alejadas como el cine —cuya vocación es el entretenimiento— y la filosofía, o camino de iniciación a la sabiduría? Pues sí, y además de una forma original, entretenida, sugerente y en un lenguaje accesible a los no iniciados.

Éste es el tema que Juan Antonio Rivera propone en su libro *Lo que Sócrates diría a Woody Allen*, merecidamente ganador del Premio Espasa de Ensayo 2003.

Nosotros en estas líneas, necesariamente breves, nos proponemos no sólo comentar esos lazos, sino además destacar y desarrollar las lacónicas y certeras referencias que hace a la economía austriaca.

Aunque el libro se divide formalmente en dos partes —cuestiones psicológicas y cuestiones morales—, el autor avisa en el preámbulo de que, al ser la frontera entre ambas materias enormemente porosa —y, por tanto, arbitraria—, el libro puede verse como una iniciación a algunos asuntos centrales de la ética, que pasamos a revisar.

* Técnico Comercial y Economista del Estado.

Rivera comienza analizando *aquellas cosas que la voluntad no puede conseguir* —como la felicidad o el amor— a través de la disección filosófica de películas como «Ciudadano Kane», «Hanna y sus hermanas» o «El coleccionista». Estos objetivos sólo se consiguen de una forma colateral, no buscada, entregando de forma desinteresada y sin esperar contraprestación aquello que más anhelamos recibir de los demás¹.

«Calle Mayor», de Bardem, es el medio elegido para analizar *la falta de voluntad* definida bajo la óptica austriaca: «Se es débil de voluntad cuando uno consiente en la miopía temporal de preferir con su conducta bienes inferiores (pero muy próximos en el tiempo) a otros superiores pero que sólo van a comparecer, si es que lo hacen, a muy largo término» (p. 147), y pone el ejemplo del estudiante que tiene que optar, en un momento dado, entre estar hipnotizado por el tubo catódico o estudiar. Con frecuencia, las gratificaciones más valiosas se hacen esperar, a veces mucho, y en ocasiones ni siquiera aparecen aunque hayamos puesto todo nuestro empeño.

El siguiente paso es, lógicamente, *cómo combatir la falta de voluntad*. Para ello, las preferencias del individuo deben orientarse hacia el logro de sus metapreferencias, es decir, la destilación que resulta una vez que se ha formado el gusto moral, que está constituido no tanto por lo que me gusta sino por lo que me gusta que me guste. La debilidad de voluntad es la lucha entre las preferencias que revela la conducta de una persona y sus metapreferencias. El triunfo de la voluntad se produce cuando las segundas acaban venciendo a las primeras. «Almas desnudas» y «La ley del silencio» son las películas elegidas en este apartado.

Ahora bien, *¿puede ser demasiado bueno ser bueno?* «Teléfono rojo, ¿volamos hacia Moscú?» nos muestra que «la esclavitud moral no consiste únicamente en ser esclavos de nuestras pasiones (en sufrir debilidad de la voluntad o fragilidad ante las tentaciones del mal), sino también... en transformarnos en esclavos de nuestros deberes; unos deberes autoimpuestos en un principio con total libertad..., pero por los cuales hemos quedado luego sojuzgados y aplastados» (p. 185).

Los peligros de la tentación del bien nacen, en la mayoría de las ocasiones, del autoperfeccionismo compulsivo (imponerse metas especialmente exigentes y duras que llevan a una rutina completa de la existencia y a la pérdida de la espontaneidad vital).

¹ J. Elster lo define como subproducto.

Supongamos que practicamos con éxito las enseñanzas anteriores (identificamos lo que la voluntad no puede conseguir, evitamos la tentación del mal o falta de voluntad y ponemos los medios para el logro de nuestras metapreferencias evitando, al mismo tiempo, caer en la tentación del bien).

¿Es ésta una situación de óptimo? Probablemente no, porque *otras vidas son posibles*. «Family man» y «¡Qué bello es vivir!» son dos de las películas elegidas por el autor para ilustrar el concepto de «árbol de decisión vital»; la vida, nuestra biografía, no es sino uno de los múltiples itinerarios que podríamos haber seguido: algunos pasaron inadvertidos, otros fueron descartados tras intentar avizorar racionalmente adónde nos conduciría seguir esa rama del árbol de decisión.

Sin embargo, la racionalidad en este aspecto está enormemente restringida, puesto que la incertidumbre sobre lo que el futuro nos depara extiende una espesa niebla sobre las ramas superiores del árbol. Sólo la *arrogancia intelectual* nos hace creer que alcanzaremos indefectiblemente los objetivos fijados en el momento de tomar las decisiones vitales.

La brújula que nos debe orientar en este camino vital incierto deben ser nuestros objetivos morales o metapreferencias. Las decisiones tomadas libremente en el pasado acotan y condicionan las que podamos tomar libremente en el futuro. Esto no implica que las metapreferencias sean inamovibles. El azar natural y social, junto con la racionalidad, nos marcan unas metapreferencias concretas. En el camino hacia su consecución descubrimos otras formas posibles de vida, hasta ese momento desconocidas y probablemente más placenteras, por lo que las metapreferencias y nuestros esfuerzos evolucionarán, salvo que nuestra aversión al riesgo o la falta de tiempo vital suficiente nos impidan luchar por una vida mejor.

Llegados a este momento de desasosiego —«¿estaré viviendo mi mejor vida posible?»—, Nietzsche nos reconcilia con la senda concreta que ha seguido nuestra vida, acuñando el concepto de *amor fati*. Si existe un momento en tu vida en el que has alcanzado algo vital para ti —por ejemplo, el nacimiento de tu hijo tan deseado—, tienes que aceptar de buen grado todas las decisiones tomadas en el pasado y que condujeron a ese objetivo —por ejemplo, el haberte equivocado en la elección de tu pareja, el consecuente divorcio y el sufrimiento intenso e incomprensible de los padres separados, obligados judicialmente a ser visitantes ocasionales de sus hijos cada 15

días—². Lógicamente, este argumento justificativo de tus decisiones vitales pasadas sólo se puede aplicar *a posteriori*, cuando existe ese hecho crucial que justifica toda la senda de tu vida hasta ese momento —cuando tu hijo existe y es irrepitable (único ser nacido de un cierto óvulo y un concreto espermatozoide)—, *a priori*, antes de que se haya producido el hecho justificativo —que se haya concebido ese ser único—, el argumento decae porque existen numerosas uniones alternativas con otras potenciales madres con las que la vida hubiera sido más feliz que la vivida en compañía de la realmente elegida.

Avanzar un paso más en estos razonamientos nos lleva a concluir que las decisiones que tomamos en nuestro árbol no afectan exclusivamente a la vida concreta que seguirá nuestra existencia de entre las posibles, sino que también afectará a las posibles vidas que puedan seguir nuestros semejantes, formando todas esa ramas entrecruzadas «el bosque humano».

Esta cadena de razonamientos lleva al autor a concluir que «quizá lo que hace que una vida humana nos sepa a algo que está transcurriendo en un mundo auténtico es que sintamos que su argumento no está escrito y concluido, sino que hay en él una mezcla de rutina, control racional e improvisación» (p. 327), o lo que es lo mismo, no hay sensación de libertad sin incertidumbre.

Llegados a ese punto se hace imposible seguir soslayando las evidentes conexiones que muestran algunos de los planteamientos filosóficos expuestos en el libro con la esencia de la *escuela austriaca de economía*, fundada por Carl Menger en 1871.

La exposición que hace el autor, en la página 90 y siguientes, sobre la distinción entre placer y comodidad constituye un brillante ejemplo de *análisis marginal*. La comodidad (o placer estático) se alcanza cuando estamos en el óptimo; cuando estamos fuera de ese óptimo experimentamos incomodidad, y el placer es un fenómeno dinámico que consiste en el viaje desde la incomodidad hasta la comodidad (p. 91). Las consecuencias que se extraen de esta afirmación son tres³:

² Nótese que los hijos, entendidos como bienes supremos por los que daría la vida cualquier padre merecedor de tal apelativo, son, en este contexto, subproductos. Las cosas más importantes de la vida son esencialmente subproductos.

³ Por ello, en el análisis del amor-pasión se puede afirmar que enamorarse es autoengañarse deliberadamente al idealizar el objeto amado, que los mejores momentos del amor son los inaugurales y que la decadencia es consustancial al

- Para poder sentir placer hay que estar fuera de la situación de comodidad.
- La vida mejor no es la vida cómoda; es mejor una vida con altibajos y sinsabores que una vida aburguesadamente incolora, inodora e insípida.
- El placer es un fenómeno efímero, transitorio; dura lo que tarda el viaje hasta la comodidad.

El autor participa del *individualismo metodológico* (subjetivismo) característico de la escuela austriaca, que considera al ser humano como autor creativo y protagonista de todos los procesos y eventos sociales, rechazando el objetivismo, que se basa en la consideración de entes externos —de tipo objetivo—, como las clases sociales. La filosofía es, por su parte, esencialmente una orientación en el camino individual —y no colectivo— hacia la sabiduría y la consecución de la felicidad.

El análisis que hace del «árbol de decisión vital», del bosque humano y de los descubrimientos por azar en la persecución de las meta-preferencias inicialmente fijadas, evoca la explicación de Carl Menger del surgimiento del *orden espontáneo* y evolutivo de las instituciones sociales (el derecho, el sistema económico...), a partir de la propia concepción subjetiva de la acción y de la interacción humana, ya que el hombre es incapaz, por sí mismo, de asimilar el enorme volumen de información dispersa que dicha interacción conlleva.

Cuando el autor afirma que las decisiones que toma el individuo se realizan en un entorno de incertidumbre (de impredecibilidad de los resultados, como consecuencia de los diversos tipos de azar y de las interacciones mutuas), cuando habla de la estrecha vinculación de la libertad con la incertidumbre y del carácter fragmentario, disperso y costoso de la información, es inevitable asociar estos conceptos a los vinculados a *la función empresarial*, a la generación empresarial de información, y, con ello, a la estimación del valor de los diferentes cursos alternativos de la acción (*el cálculo económico*) y el carácter esencialmente creativo y libre de la función empresarial.

Sin embargo, si en el espeso entramado que forma el bosque humano —en el que el resultado de las decisiones individuales es, por su propia naturaleza, incierto— el Estado coarta o elimina la libertad de

amor correspondido, porque los viajes de la incomodidad a la comodidad son cada vez más cortos y los placeres más pequeños (pp. 346 y 347).

acción necesaria para el ejercicio de la función empresarial, nos transportamos al profético vaticinio formulado por L. von Mises en 1922 —y corroborado por la historia en 1989— de la *imposibilidad del cálculo socialista*. La contrastación empírica de la tesis misiana costó miles de vidas, la huida de otros tantos miles y la pérdida de la libertad individual y la ruina económica en los países que tuvieron la desgracia de caer tras el telón de acero. Hoy quedan tres ejemplos jurásicos de esa paranoica aventura iniciada en 1917.

Esto nos lleva sin solución de continuidad a la defensa que hace Rivera de la libertad y de los regímenes democráticos al definir y criticar el intelectualismo político de Platón (que sostiene que una minoría de la población —los filósofos—, expresamente preparada durante años de una manera exigente y selectiva, es la única facultada para gobernar la república) como primera defensa literaria del totalitarismo, que tiene un efecto devastador sobre los individuos y sus planes de vida. En esta defensa coincide no sólo con Karl Popper, quien, en *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945), analizó en profundidad las raíces filosóficas del totalitarismo desde Platón hasta Marx, sino también con F.A. von Hayek, quien en *Camino de servidumbre* (1944) reveló la sustancial identidad totalitaria de regímenes aparentemente polares (nazismo y comunismo) y la frontal oposición de éstos al régimen liberal. El arco parlamentario no es lineal, sino circular; los opuestos se tocan. Así, Rivera se podrá explicar mejor, por ejemplo, el pacto Molotov-Ribbentrop o las frustradas negociaciones entre José Antonio Primo de Rivera y Ángel Pestaña para presentar una candidatura única a las elecciones de 1936.

Para la escuela austriaca, libertad económica y libertad política se encuentran indisolublemente unidas y los ataques a la primera son mermas de la segunda.

Finalmente, a aquellos lectores que me han leído hasta estas líneas, les participo que el autor, Juan Antonio Rivera, está elaborando otros dos libros, uno dedicado a las relaciones del cine con los temas políticos y otro con los asuntos metafísicos.